



La mentirosa

Sophie Stava



DESTINO

La mentirosa

Sophie Stava

Traducción de
Aleix Montoto

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1705

Título original: *Count My Lies*

© Sophie Stava, 2025

© por la traducción del inglés, Aleix Montoto, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2025

ISBN: 978-84-233-6764-1

Depósito legal: B. 8.940-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

—Soy enfermera. —Las palabras me salen de la boca antes de que pueda evitar decirlas. Suenan alto y retumban como un par de latas atadas a un parachoques trasero. Si pudiera estirar una mano, cogerlas por la cola y recuperarlas, lo haría, pero ya es demasiado tarde. Alguien las ha oído: dos cabezas se vuelven hacia mí.

Debería marcharme. O reírme y decir que solo estaba bromeando. Pero cuando el padre y la niña me miran desde el banco del parque (él esperanzado, ella con los ojos brillantes a causa de las lágrimas), siento tal subidón que no hago ninguna de las dos cosas. En cambio, me arrodillo junto a la niña y, con una amplia sonrisa, la miro primero a ella y luego a él.

—Hay que aplicarle hielo —le digo al hombre en un tono de voz claro y firme, con ese leve aire de autoridad que, imagino, alguien que se dedique a la medicina debe poseer de forma natural.

El problema es que no soy enfermera. Nunca lo he sido. Lo que soy es una mentirosa.

He oído el llanto de la niña desde el otro lado del parque infantil, unos sollozos interminables que me han impulsado a acercarme a ella. Siempre he sido algo entrometida. Suelo prestar atención a las conversaciones de los desconocidos, me acerco a alguien para leer

por encima de su hombro o examino a la persona que está a mi lado en el metro, estirando el cuello para ver los mensajes de texto de su móvil. Es otra mala costumbre mía. Añádela a la lista, ¿vale?

—Déjame ver —estaba diciéndole el padre a la niña cuando me he acercado, mientras sostenía uno de sus pies descalzos—. ¿Dónde te ha picado? ¿Aquí? ¿O aquí?

Yo solo quería ayudar. Parecía tan aturullado y nervioso por la situación que, casi sin pensarlo, he abierto la boca y la mentira ha salido de mis labios, sobresaltándolos a ambos como si las palabras cayeran con gran estrépito sobre la acera. Mi intención era buena, de verdad. Sí, ya lo sé, los mentirosos van al infierno y todo eso.

Echo un vistazo a sus pertenencias. A su lado solo hay una bolsa de papel marrón con el contenido desparramado sobre el banco. Un sándwich a medio comer. Rodajas de manzana tiñéndose ya de marrón y unos palitos de zanahoria. También dos bebidas: una lata de agua con gas con sabor a uva y un zumo en tetrabrik.

Cojo la lata. Está algo fría. No mucho, pero puede ayudar.

—Tenga —digo, tendiéndosela al hombre. Él la coge y nuestros dedos se rozan ligeramente. Me sorprende su suavidad—. ¿Todavía tiene clavado el aguijón?

El padre se queda mirando el pie de su hija con el ceño fruncido. Ella sigue sollozando, pero ahora lo hace con menos intensidad. Está mirándome con los ojos abiertos como platos. Tiene un rostro de muñeca, con flequillo y largas pestañas. Es una auténtica monada. Y también él, por decirlo suavemente. Todavía puedo sentir el roce de sus dedos.

—Creo que sí —dice él—. ¿Le importaría echarle un vistazo?

Siento una punzada de orgullo. Confía en mí. Claro. Soy buena mentirosa. Y, además, justamente llevo puesto un uniforme sanitario.

—Claro que no —digo con una sonrisa. Aún de rodillas, extendiendo las manos y alzo el pequeño pie manchado de barro. Tiene cuatro o cinco años y su pie parece minúsculo al lado de mis manos gigantescas. Siempre las he tenido demasiado grandes para ser mujer, incluso cuando era pequeña. «Parecen manoplas», solía burlarse mi tía juntando sus palmas con las mías. Todavía estoy acomplejada. Procuro ser breve al estrecharle la mano a alguien y suelo esconderlas en los bolsillos o debajo de los muslos cuando estoy sentada.

Aguzo la mirada y me fijo en la planta del pie de la niña. Hay una pequeña roncha roja y, en el centro, un punto negro. El aguijón. Aspiro aire a través de los dientes, negando con la cabeza.

—Todavía está dentro.

El padre frunce el ceño y baja la mirada.

—¿Debería...?

—Tiene que rasparlo con una tarjeta de crédito o alguna otra cosa con un borde romo. No intente sacarlo presionando con las uñas, podría empeorar la herida.

Me siento satisfecha de lo competente y experta que parezco, como si realmente supiera lo que estoy diciendo. Supongo que, en realidad, sí que lo sé. El año pasado yo también pisé sin querer una abeja en este mismo parque. Había extendido una manta y me había quitado las zapatillas antes de tumbarme a leer. Cuando me levanté para doblar la sábana, aún descalza, sentí un intenso pinchazo en la planta del pie. Me senté para examinar la herida, maldiciendo mi suerte en voz

baja, y vi la abeja aplastada mientras el aguijón seguía clavado en la piel. Presioné cuidadosamente los lados de la herida con las uñas para que saliera a la superficie. No fue hasta más tarde, cuando lo consulté en Google presa del pánico, que descubrí mi error.

Por la noche, mi pie parecía una pequeña salchicha. Prácticamente había doblado su tamaño y había adquirido una intensa tonalidad rosada. El picor tardó tres días en desaparecer y la hinchazón otros cuatro. Estuve cojeando toda la semana, apresurándome a contarle la historia a todo aquel que apenas enarcara una ceja al verme (aunque es posible que, en mi relato, asegurara que el culpable de la herida había sido todo un enjambre, no una única abeja). La cuestión, en cualquier caso, es que tengo algo de experiencia en el tema.

El padre saca su cartera de uno de los bolsillos traseros del pantalón.

—Gracias —dice, agradecido—. Si no estuviera usted aquí, probablemente habría tenido que llamar a una ambulancia. —Me sonrío para demostrarme que no está bromeando y compruebo que tiene una dentadura blanca, recta y uniforme. Su atractivo salta a la vista, como el de un rompecorazones adolescente. Probablemente debe de rondar los treinta y pocos, mi edad.

Saca una tarjeta de crédito de uno de los compartimentos de su cartera.

—Déjame ver el pie, cariño —dice.

Cuando le raspa la planta del pie con la tarjeta, puedo ver su nombre. Jay Lockhart. Jay Lockhart... Me gusta como suena. Fácil de pronunciar en voz alta. Jay, igual que el Gatsby de la novela, ese millonario locamente enamorado, encantador y apasionado. Vuelvo a mirar al tipo —Jay— y decido que el nombre encaja con su sonrisa juvenil y su rostro de *playboy*.

—¡Lo tengo! —anuncia Jay, triunfal, sosteniendo entre el pulgar y el índice una minúscula mota negra; el aguijón, supongo—. ¿Lo ves? —Se lo muestra primero a la niña y luego a mí.

—¡Bien hecho! —le digo con una sonrisa. Se le ve muy orgulloso, como si hubiera ganado una medalla en alguna prueba olímpica. Quizá no de oro, sino de bronce, pero aun así algo sin duda respetable.

Cuando me devuelve la sonrisa noto que me sonrojo. Es como si estuviéramos compartiendo la victoria, como si fuera a extender los brazos para abrazar a su compañera de equipo.

—¿Estás mejor? —le pregunta a la niña. Ella asiente y deja de sorberse la nariz. Él alarga una mano y le seca las mejillas con un pulgar y luego le acaricia el sedoso flequillo. Me fijo en que no lleva alianza.

—Debería aplicarle hielo cuando lleguen a casa para reducir la hinchazón —digo, poniéndome de pie—. Y quizá podría darle algo de Benadryl, tal vez media dosis. Reducirá el picor.

—Muchas gracias, en serio. ¿Le das las gracias, Harper? —Jay se vuelve hacia la niña—. Vamos, di: «Gracias, señorita...». —No termina la frase y se vuelve hacia mí para que le diga mi nombre.

—Caitlin —digo. Otra mentira. Ni siquiera sé de dónde sale. ¿He conocido alguna vez a una Caitlin? Una vez, quizá. De pequeña creo que hice ballet con una. ¿O se llamaba Carly? Íbamos a la misma clase del centro comunitario, pero las similitudes entre nosotras terminaban ahí. Además de tener el pelo largo, que llevaba sujeto con unos brillantes pasadores a cada lado y recogido en una hermosa trenza que le caía por el centro de la espalda, destacaba por calzar unas zapatillas de ballet nuevas de reluciente satén rosa. Yo baila-

ba con unos calcetines viejos. Esa niña, comoquiera que se llamara, era la mejor de la clase y representaba el papel principal en el recital. Yo, en cambio, era el Hada de Azúcar número seis. La niña de la picadura de abeja, Harper —un nombre burgués pero mono, exactamente lo que cabría esperar en este barrio—, también lleva una reluciente trenza y el flequillo bien peinado. Quizá por eso he pensado en ese nombre: me ha recordado a ella.

—Gracias, señorita Caitlin —recita Harper con obediencia.

—De nada, Harper —digo yo—. Espero que la herida se te cure pronto.

Ella me ofrece una tímida sonrisa, mirándome con sus grandes ojos castaños, y luego se vuelve hacia su padre.

—¿Puedo terminar de construir mi castillo?

Jay asiente con una sonrisa y la niña se levanta del banco y vuelve a sentarse junto a los juguetes de plástico que hay desperdigados en la arena.

Él se vuelve otra vez hacia mí.

—Me llamo Jay, por cierto —dice, poniéndose de pie y alargándome una mano. Es más alto de lo que esperaba, debe superar el metro ochenta.

—Encantada de conocerte, Jay —digo yo. Cuando nos estrechamos la mano, saltan chispas. Al menos, yo las noto. No hacía falta que se presentara, pero lo ha hecho. Ya es algo.

Tras una breve pausa, dice:

—Todo el mundo miente, ¿verdad?

Me da un vuelco el corazón y se me hace un nudo en la garganta.

—¿Cómo dices? —consigo decir. ¿Cómo es posible que haya...?

Jay sonríe y señala la mano que me cuelga a un costado. Todavía sostengo el libro que estaba leyendo cuando he oído los sollozos de Harper, con un dedo metido entre las páginas para no perder el punto en el que me encontraba. Es un gastado ejemplar de bolsillo de *Asesinato en el Orient Express*, con las esquinas de las páginas dobladas y gastadas de tantas lecturas.

—Lo siento,  te lo he destripado? —añade con una mueca, en tono pesaroso—. Me ha dado la impresión de que ya lo habías leído y pensaba que...

— Ah! —suelto una pequeña risita al tiempo que exhalo un suspiro de alivio—. No, seguramente es la décima vez que lo leo.  T  también lo has leído?

Jay asiente.

—Me encanta el protagonista, el detective Hércules Poirot. Cuando cumpl  doce años mis padres me regalaron una caja con la serie completa de novelas. Siempre intentaba resolver el caso antes que él —dice, negando tristemente con la cabeza.

Me río.

—Mi libro favorito de Agatha Christie es *Diez negritos*. El final es realmente... —imito el ruido de una explosión—. Guau. En ningún momento lo vi venir.

—Ese no lo he leído.  Tan bueno es?

—Si quieres, puedo dejarte mi ejemplar —le ofrezco—.  Vienes por aquí a menudo? Yo suelo venir unas cuantas veces a la semana. —Aguanto la respiración y noto cómo se me acelera el pulso. Seguramente estoy pasándome de la raya. T pico de mí.

Y lo cierto es que s  perfectamente que no es la primera vez que Jay y su hija vienen a este parque. Ya los había visto antes. Dos veces, en realidad, a principios de la semana. Hoy también esperaba verlos y no he podido evitar alegrarme cuando han aparecido. Los

llos de Harper han llamado mi atención, pero en realidad ya estaba pendiente de ellos mientras hojeaba mi libro. Cada pocas páginas, levantaba la mirada para ver cómo la niña jugaba en el trepador o el columpio.

El primer día, el martes, reparé en Jay antes que en Harper. Estoy segura de que todas las mujeres que estaban en el parque se fijaron en él. No solo porque era uno de los pocos hombres que había a esas horas, sino porque parece salido de un plató de cine en Los Ángeles, no de un parque infantil en pleno Brooklyn.

Como le he dicho a él, vengo aquí casi todos los días, aprovechando el descanso para el almuerzo que hago al mediodía, de modo que tengo vistos a los habituales. Suelo ver a los mismos niños con las mismas niñeras y también los mismos grupos de mamás sentadas en un banco y charlando mientras sus criaturas van de un lado a otro del parque sin dejar de chillar. Me gusta este parque y lo feliz que parece todo el mundo aquí, también la hierba iluminada por el sol y el olor de los arbustos de madreselva que lo bordean. Hay gente incluso en los meses más fríos, cuando los niños van bien abrigados y tienen las mejillas sonrosadas.

—Sería genial —dice él, respondiendo a mi oferta—, pero es mi esposa quien suele traer a Harper al parque. Esta semana la tengo libre, de modo que estos días he venido yo, pero el lunes vuelvo al curro.

Cuando menciona a su esposa, el corazón me da un vuelco, lo cual me hace sentir aún más estúpida de lo que ya soy. ¿Acaso pensaba que esto era el inicio de una comedia romántica? ¿Como si fuera Liv Tyler en *Una chica de Jersey*? Sé que esta es una referencia algo anticuada, pero ¿qué mujer no fantasea con que un Ben Affleck viudo, afligido y vulnerable encuentra consuelo en sus brazos mientras una niñita sin madre los mira

con ternura? Sí, resulta algo macabro, pero no puedo ser la única. ¿O quizá sí?

—Le diré que te busque la próxima vez que venga —dice Jay—. Al parecer, este es el nuevo parque favorito de Harper.

Yo fuerzo una amplia sonrisa como si la idea de conocer a su indudablemente hermosa esposa me colmara de una felicidad desatada.

—¡Genial! —digo, esperando sonar entusiasmada—. Suelo estar aquí a esta hora. Quizá pueda traerle el libro.

He aquí cómo sé que no soy guapa. Ningún hombre casado le hablaría a su esposa de una hermosa mujer soltera a la que ha conocido en el parque. A no ser que su coeficiente intelectual esté por debajo del límite de la idiotez, o que espere que lo asfixien con la almohada esa misma noche. Y Jay no parece estúpido ni tampoco un suicida.

Pero no es algo que me sorprenda. Sé perfectamente que no soy el tipo de mujer que supone una amenaza para otras mujeres. Mi nariz es un poco demasiado grande y tengo una mandíbula angulosa. En un buen día, me digo a mí misma que soy atractiva, como una de esas actrices con los rasgos marcados de las películas en blanco y negro. Greta Garbo, quizá, si la luz es tenue. Y no me hago a mí misma ningún favor. Sé que podría perder más tiempo en mi apariencia; no tengo por qué parecer tan dejada.

Sin duda, podría vestir mejor, pero en vez de eso me pongo ropa cómoda, prendas que tengo desde hace años y que debería haber donado —o tirado— tiempo atrás. Pantalones vaqueros de cintura alta con agujeros en las rodillas, camisas de franela, suéteres extragrandes y dados de sí. Gracias al vaivén de la moda, mi es-

tilo podría resultar *cool* si fuera intencionado, o si no lo acompañara con moños desgreñados, unas gafas de plástico baratas y zapatillas de deporte hechas polvo. Tengo lentillas (y un peine), pero casi todas las mañanas voy con el tiempo muy justo y salgo por la puerta a medio vestir y con una tostada recién hecha en la boca, de modo que las lentillas (y peinarme) suelen quedarse por el camino.

No es que no tenga ropa mejor —sí que la tengo—, es solo que últimamente no he tenido ninguna buena razón para ponérmela. Y es que, en vez de cárdigan y pantalones de vestir, para trabajar llevo un uniforme sanitario. De color malva, para ser exactos. Mi jefa, Lena, me lo dio el primer día con una sonrisa de orgullo. Ella misma había elegido el color.

No soy enfermera, sino manicura en un pequeño y exclusivo salón de belleza que ofrece manicuras y pedicuras de setenta y cinco dólares, depilaciones con azúcar y un menú de tres páginas de tratamientos faciales. Enfermera, manicura..., ¿qué diferencia hay en realidad? Sí, ya: mucha. El abismo entre curar un brazo roto y una uña acrílica rota es ancho y profundo.

En estos momentos, además del uniforme llevo las mencionadas gafas de plástico, unos pendientes de oro y una cadenita en el cuello que he cogido al vuelo cuando salía.

Me llevo una mano al collar. Lo encontré en una pequeña tienda que descubrí hace unas semanas cuando volvía del trabajo. Entré un momento solo para matar el tiempo, sin intención de comprar nada, pero, al pasar por delante del mostrador, vi cómo relucía en una vitrina de cristal. La dependienta me animó a probármelo. Me quedaba perfecto. La cadena era delicada, con unos diminutos eslabones trenzados de los cuales

colgaba una pequeña perla iridiscente que quedaba justo en la base de mi cuello. La pagué y me la llevé puesta. Cuando Natasha, mi compañera de trabajo, me preguntó por ella, le dije que se trataba de una reliquia familiar que mi abuela me había dejado en herencia.

Sin embargo —no te lo vas a creer—, ni siquiera con los pendientes y el collar soy una chica diez. Seguramente, la esposa de Jay se parece más a Liv Tyler de lo que yo me pareceré nunca. Si él es como Gatsby, ella debe parecerse a Daisy. Delgada, con los pómulos marcados, de labios carnosos y con rizos cayéndole por la espalda. Ni un solo pelo encrespado.

—Cinco minutos y nos vamos, Harp. —Jay se inclina un poco para tocarle la coronilla a su hija y llamar su atención. Ella asiente distraída. La niña parece haberse olvidado ya de la picadura de abeja y ahora está jugando felizmente a nuestros pies, vertiendo arena con una pala en un cubo para después volcarlo.

Cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro. Debería marcharme, pues he de estar en el trabajo en menos de diez minutos, pero Jay es mucho más interesante de lo que me espera en el salón de belleza. Y ha dicho que solo se quedarán cinco minutos más. Si camino deprisa, llegaré a tiempo. Así que, en vez de marcharme, le digo:

—Entonces... ¿tienes la semana libre?

Él asiente.

—La escuela está cerrada durante las vacaciones de primavera, así que me he tomado la semana libre para poder pasar algo de tiempo con mi hija.

—¿A qué te dedicas? —Es otra mala costumbre mía: hablar demasiado, hacer demasiadas preguntas. Probablemente se debe a la misma razón por la que miento: para llenar silencios incómodos y evitar que la gente se marche.

A ver, soy del todo consciente de lo patético que suena. Es solo que mi trabajo es rematadamente aburrido. De hecho, toda mi vida es aburrida, insulsa y gris. Soy capaz de casi cualquier cosa con tal de echar un vistazo a la vida de otra persona. Y la suya parece muy interesante. En tecnicolor y tan deslumbrante que no tienes más remedio que entrecerrar los ojos. Me apostaría cualquier cosa a que tengo razón.

—Fundé mi propia empresa el año pasado. Desarrollamos juegos online, lo cual básicamente significa que soy un gran friqui —bromea Jay con una sonrisa y un destello en los ojos. Reparo en que tiene un hoyuelo en la mejilla derecha.

No es un friqui. Ni por asomo. Nunca lo ha sido: se nota solo con mirarlo. Como he dicho, es muy alto: mide al menos uno noventa o noventa y cinco. Luce además una mata de pelo moreno por la que no deja de pasarse la mano, apartándose el flequillo de los ojos. Y tiene una marcada mandíbula de piel morena perfectamente afeitada.

—Lo de fundar una empresa propia suena interesante —digo.

—Puede serlo. —Se encoge de hombros—. No es algo tan altruista como una carrera médica, pero sirve para pagar las facturas.

¡Ah, sí, soy enfermera! Sonrío modestamente como si mereciera su cumplido. Desearía que así fuera.

Jay consulta la hora en su móvil.

—¡Mierda, tenemos que marcharnos! He prometido que Harper estaría en casa a las tres.

—¿Ya es tan tarde? —digo, fingiendo sorpresa—. Vaya, yo también he de marcharme corriendo. —De vuelta a mi trabajo auténtico, claro está, sin un solo paciente a la vista—. Ha sido un placer conocerte.

—Para mí también, Caitlin. —Su sonrisa me convence de que habla en serio y siento un vuelco en el estómago—. Ya le comentaré a mi esposa lo del libro, a ver si te ve por aquí.

Le devuelvo la sonrisa, dejando a la vista mis dientes.

—Me encantaría. —Soy una mentirosa, ¿recuerdas?

Observo cómo él y Harper salen del parque cogidos de la mano y balanceando los brazos. Cuando llegan a la puerta, Jay se vuelve y se despide de mí con la otra mano. Yo le devuelvo el gesto, pero espero a que hayan desaparecido para darme la vuelta y marcharme.

De camino al trabajo, sin embargo, caigo en la cuenta de que la razón por la que he creído que tal vez fuera soltero era que no llevaba alianza. No puedo evitar preguntarme por qué.